

dad; pero el cónsul Marcelo, á quien llamaron los nobles, frustró el proyecto. En un día marchó de Cales á Suesula, aunque el paso del Vulturno le detuvo algunas horas; y á la noche siguiente hizo entrar en Nola seis mil infantes y trescientos caballos que debían proteger al Senado. El cónsul había obrado con suma actividad para adelantarse en la ocupación de Nola. Anibal, por el contrario, vacilaba, porque dos tentativas infructuosas le habían hecho desconfiar de los nolanos.

Por los mismos días el cónsul Q. Fabio hizo una tentativa sobre Casilino, ocupado por guarnición cartaginesa; y por otra parte, Hannón marchó del país de los brucios con numerosa infantería y caballería, y T. Graco, de Luceria; los dos, como de concierto, se dirigieron sobre Benevento, entrando Graco desde luego en la ciudad; pero habiendo sabido que Hannón había acampado á unas tres millas de distancia, en las orillas del río Caloro, y que desde allí talaba los campos, salió de la ciudad, colocó su campamento á mil pasos del enemigo y convocó á sus soldados en asamblea. Sus dos legiones las formaban en gran parte esclavos alistados voluntariamente. Hacía dos años que preferían merecer en silencio la libertad á reclamarla en voz alta. Sin embargo, al dejar los cuarteles de invierno, T. Graco había oído murmurar á algunos soldados y preguntar si no combatirían nunca como hombres libres; por lo que escribió al Senado, no lo que pedían, sino lo que habían merecido: «Hasta hoy, decía Graco, les he encontrado valientes y animosos, faltándoles solamente para ser verdaderos soldados ser libres.» El Senado se encomendó á él para que hiciese lo más conveniente al interés de la república. Entonces, antes de venir á las manos con el enemigo, Graco les declaró que había llegado para ellos el momento de conquistar la libertad que por tanto tiempo habían esperado; que á la maña-

na siguiente iba á trabarse el combate en una llanura sin accidentes, descubierta por todos lados, donde, sin temor de emboscadas, el valor verdadero decidiría la victoria; que el que trajese la cabeza de un enemigo, en el acto sería declarado libre; que el que, por el contrario, huyese, moriría en el suplicio de los esclavos: cada cual tenía su fortuna en sus manos; y no era solamente él quien les garantizaba la libertad, sino el cónsul M. Marcelo y todo el Senado que aceptaba su decisión. Leyóles las cartas del cónsul y el senatus-consulta, brotando entonces gritos y aclamaciones unánimes; todos piden el combate y le instan para que dé la señal. Graco fijó la batalla para el día siguiente y disolvió la asamblea. Contentos los soldados, especialmente aquellos cuya libertad debía ser el precio de su valor en un solo día, emplearon el tiempo que les quedaba en preparar las armas.

Al sonar las trompas á la mañana siguiente fueron los primeros en reunirse armados delante de la tienda del general. Al salir el sol, formó Graco sus tropas en batalla y el enemigo aceptó en seguida el combate: el cartaginés tenía diez y siete mil infantes, en su mayor parte del Brucio y de la Lucania, y mil doscientos jinetes que, exceptuando algunos italianos, casi todos eran nómadas y moros. Peleóse con ardor y por largo tiempo, manteniéndose indecisa la victoria durante cuatro horas, siendo el mayor estorbo de los romanos que su libertad había sido puesta al precio de una cabeza; porque en cuanto un soldado mataba valerosamente á un enemigo, perdía el tiempo en esforzarse para cortarle la cabeza en medio de la confusión y del tumulto; y además los más valientes, teniendo todos en la mano derecha una cabeza, habían cesado de combatir: solamente los tímidos y los cobardes combatían aún. Los tribunos de los soldados acudieron á decir á Graco

«que los enemigos que continuaban de pie no recibían heridas; que los soldados se ocupaban en degollar á los caídos y que llevaban en la mano, no la espada, sino cabezas humanas.» Graco les manda entonces arrojarlas y lanzarse sobre el enemigo; su valor estaba bastante probado, era asaz brillante, y los valientes tenían asegurada la libertad. Entonces comenzó de nuevo el combate y la caballería se lanzó también contra el enemigo. Los númidas la recibieron con intrepidez, y adquiriendo el combate tanta energía entre los jinetes como entre los peones, queda de nuevo dudosa la victoria. Los dos generales exclaman, el romano, que no tenían que habérselas más que con brucios y lucanos, tantas veces vencidos y sometidos por sus antepasados; el cartaginés, que solamente tenían delante esclavos de Roma, hombres salidos de la prisión para ser soldados. En fin, Graco declara á sus tropas «que no esperen ser libres jamás, si aquel mismo día no queda derrotado y destrozado el enemigo.»

De tal manera enardecieron sus ánimos estas últimas palabras, que lanzando nuevo grito, y transformados repentinamente, se precipitan con rabia contra el enemigo, que no puede sostener por más tiempo el choque. En el acto quedaron quebrantadas las primeras filas de los cartagineses, en seguida las enseñas y al fin quedó desordenado todo el ejército. Desde aquel momento no fué dudosa la derrota. Los cartagineses corren hacia su campamento, tan turbados y aterrados, que ni en las puertas, ni detrás de las fortificaciones, oponen resistencia. Los romanos, que les perseguían, entran mezclados con ellos como si formasen un solo ejército. Encerrados en el interior del campamento, tienen que librar nueva batalla. El combate estaba restringido á límites más estrechos, y la matanza fué más espantosa, ayudando á ella los cautivos, que, en medio del tumulto,

to, cogen armas, forman grupo, y atacando por la espalda á los cartagineses, les cortan la retirada. De un ejército tan numeroso escaparon menos de dos mil hombres, casi todos jinetes, con su general á la cabeza; el resto sucumbió ó quedó prisionero, cogiendo también treinta y ocho enseñas. Los vencedores perdieron cerca de dos mil hombres. Todo el botín, exceptuando los prisioneros, quedó abandonado á los soldados. Las bestias se reservaron á sus propietarios que las reconociesen en el término de treinta días. Cuando el ejército, cargado con los despojos del enemigo regresó al campamento, cerca de cuatro mil voluntarios, que habían combatido flojamente y no habían entrado con los otros, por temor al castigo, se refugiaron sobre una colina cerca del campamento. Trayéndoles á la mañana siguiente los tribunos de los soldados, llegaron á la asamblea reunida ya por orden de Graco. El procónsul distribuyó primeramente á los veteranos las recompensas militares, según se había distinguido cada uno en el combate por su valor y sus servicios. En cuanto á los voluntarios, dijo: «que prefería alabarles á todos, lo hubiesen ó no merecido, á castigar á algunos en un día como aquel. Que á todos les declaraba libres, deseando que aquella determinación fuese buena, útil y afortunada para la república y para ellos mismos.» Dichas estas palabras, brotaron gritos de entusiasmo; abrazábanse, felicitábanse, alzaban las manos al cielo, y pedían para el pueblo romano y para Graco toda clase de felicidades. Entonces volvió á hablar Graco: «Antes de haceros á todos iguales por los derechos de la libertad, no he querido aplicar á ninguno de vosotros el nombre de valiente ó de cobarde. Ahora que la república acaba de pagar su deuda, como no se debe suprimir la diferencia entre el valor y la cobardía, tomaré los nombres de aquellos que, conociéndose culpables de

debilidad en el combate, acaban de separarse del ejército. Haré que se presenten sucesivamente delante de mí, y les obligaré á jurar que, á menos de enfermedad que se lo impida, comerán y beberán siempre de pie mientras dure su servicio (1). Y os someteréis á este castigo sin murmurar, si consideráis que no pueda haberlo menor para vuestra cobardía.» En seguida mandó reunir los bagajes, y los soldados llevando y conduciendo delante su botín, volvieron á Benevento, entregándose á transportes de alegría, de manera que parecía regresaban de una fiesta, de un festín y no de un combate. Los beneventinos salieron á recibirlos, abrazando á los soldados, felicitán doles y ofreciéndoles hospitalidad. Todos habían puesto mesas en los patios de sus casas, y llamaban á los soldados, rogando á Graco les permitiese que fuesen á sentarse. Graco lo consintió, pero á condición de que comiesen en público. Cada vecino sacó su comida á la puerta; los voluntarios, con la cabeza cubierta con el *pileum* (2) ó gorro de lana blanca, tomaron parte en el banquete, unos en los lechos, otros de pie, sirviendo y comiendo á la vez. De regreso á Roma, creyó Graco que el espectáculo de aquella fiesta merecía quedar pintado en el templo de la libertad, construido é inaugurado en el monte Aventino, por los cuidados de su padre, que empleó en su edificación el dinero procedente de las multas.

Mientras ocurrían estas cosas en las inmediaciones de Benevento, Aníbal, después de talar el territorio de Nápoles, marchó á acampar delante de Nola. En cuanto se enteró el cónsul de su llegada, llamó al propretor Pom-

(1) Hasta en la cena, porque los soldados romanos comían de pie, y este castigo solamente en la cena podía cumplirse.

(2) La lana blanca era simbolo de la libertad. El *pileum* era un gorro de lana blanca que los libertos recibían en el acto de la manumisión. Antes de tomarlo se cortaban el pelo.

ponio, con las tropas que ocupaban el campamento de Suesula, y se preparó para marchar al encuentro del enemigo, decidido á pelear en el acto. En el silencio de la noche hizo salir por la puerta más lejana del enemigo á C. Claudio Nerón con lo más escogido de la caballería, con orden de colocarse, sin ser visto, á retaguardia de los cartagineses, seguirles de cerca sin que lo observasen y atacarles en cuanto viese trabado el combate. Pero Nerón no pudo ejecutar estas órdenes, bien porque se extraviase en la marcha, bien por falta de tiempo. En el combate, que se libró sin él, los romanos tenían evidentemente la ventaja. Pero como la caballería no se presentó á tiempo, el plan del general quedó incompleto: Marcelo no se atrevió á perseguir al enemigo, que retrocedía, y mandó retirarse á su ejército victorioso. Dícese, sin embargo, que aquel día perdió el enemigo más de dos mil hombres y los romanos apenas cuatrocientos. Al ponerse el sol, Nerón, después de cansar en vano los hombres y los caballos con aquella marcha de un día y una noche, regresó sin haber visto siquiera al enemigo. El cónsul le abrumó con reconvencciones, llegando á decirle que él solo había impedido que se devolviese á los cartagineses la derrota de Cannas. A la mañana siguiente volvieron á formarse en batalla los romanos; pero el cartaginés confesó tácitamente su derrota, permaneciendo encerrado en su campamento; y el día tercero, á media noche, perdiendo la esperanza de apoderarse de Nola, después de tantas tentativas infructuosas, partió para Tarento confiando en su entrega.

No se llevaban las cosas de Roma con menos energía en el interior que en el exterior. No pudiendo los censores subastar trabajos públicos porque estaba agotado el Tesoro, emplearon toda su atención en corregir las costumbres y castigar los vicios nacidos de la guerra,

como esas llagas que llenan el cuerpo después de larga enfermedad. Primeramente citaron ante su tribunal á los acusados de haber querido, después de la batalla de Cannas, abandonar la república y huir lejos de Italia. El primero de todos era L. Cecilio Metelo, cuestor entonces, quien recibió orden, como todos los acusados de la misma falta, de presentar su defensa. Como no pudieron justificarse, los censores declararon que habían pronunciado contra la república palabras y discursos ocasionados á formar una conjuración para abandonar la Italia. Después fueron citados aquellos intérpretes tan astutos para librarse de la fe del juramento; aquellos prisioneros, que después de salir del campamento de Aníbal, volvieron furtivamente á él, creyéndose entonces libres del juramento que habían hecho de regresar á él. Estos y los otros de que hemos hablado antes fueron privados de los caballos que les suministraba el Estado; trasladados de tribu (1) quedaron como sim-

(1) *Tribu moti* eran aquellos á quienes los censores trasladaban de una tribu á otra inferior; por ejemplo, de una tribu rústica á otra urbana; porque las tribus rústicas eran más honrosas que las urbanas, lo que procedía de lo mucho que se honró antiguamente la agricultura en Roma. Ap. Claudio pasó á una tribu rústica, que desde entonces se llamó Claudia; y andando el tiempo, muchas tribus tomaron los nombres de las familias ilustres que habían recibido en su seno; como las tribus Papiria, Cornelia, Emilia, Fabia, Horacia, etc. Otra causa de la preponderancia de las tribus rústicas, era que aumentaba su número á medida que se extendía el derecho de ciudadanía á más pueblos, mientras que las tribus urbanas continuaban como primitivamente en número de cuatro. Además las formaban los ciudadanos más despreciables, como se ve en el hecho del censor Q. Fabio, que reunió todo lo más vil de las otras tribus, para arrojarlo en las cuatro tribus urbanas. Eran, pues, superiores las tribus rústicas á las urbanas por la calidad y por la cantidad, triunfando en las votaciones. Por eso se tenía á honor formar parte de ellas mientras que se trasladaba á las otras por castigo.

ples pecheros. No se limitaron las severas investigaciones de los censores á la conducta del Senado y de los caballeros; en los registros en que estaban inscritos los nombres de los jóvenes, tomaron los nombres de los que no habían servido en cuatro años, aunque no tuviesen legítima exención, ni enfermedad que alegar como excusa. Encontráronse más de dos mil, llevándoseles también entre los pecheros y arrojándoles de su tribu. Á esta tacha de los censores que no fijaba ningún castigo, se unió un *senatus-consulto* muy riguroso, disponiendo que todos los tachados por los censores servirían á pie ó irían á Sicilia á reunirse con los restos del ejército de Cannas, cuyo tiempo de servicio no debía cesar hasta el día en que fuese arrojado de Italia el enemigo. Á causa del agotamiento del Tesoro, los censores no habían hecho contratas para el entretenimiento de los edificios sagrados, ni para el suministro de los caballos curules (1), ni ninguna de estas cosas. Los que ordinariamente se encargaban de estas contratas acudieron á ellos, invitándoles «á que obrasen en todo como si dispusieran de fondos del Tesoro, porque ninguno de ellos pediría dinero antes de que terminase la guerra.» Poco después se reunieron los dueños de los manumitidos por T. Sempronio en Benevento; estos propietarios dijeron que los triunviros administradores de las rentas les habían llamado para que recibiesen el precio, pero que nada aceptarían antes de la terminación de la guerra. Por consecuencia de esta decisión de todo el pueblo para acudir en socorro del Tesoro agotado, lleváronse primeramente los fondos de los huérfanos, después los de las viudas, no creyendo los administradores que podían encontrar depósito más seguro y

(1) Según unos, los caballos destinados á los magistrados curules; según otros, las cuadrigas que se empleaban en los juegos públicos, suministradas por el Estado.

más sagrado que la fe pública. Si por los huérfanos ó las viudas se compraba algo, el pretor lo anotaba en sus cuentas. Esta buena disposición de los particulares pasó de la ciudad á los campamentos. Los caballeros y los centuriones no querían sueldo, increpando con el nombre de mercenarios á los que lo recibían.

El cónsul Q. Fabio estaba acampado cerca de Casilino, ocupado por una guarnición de dos mil campanios y setecientos soldados de Aníbal, siendo jefe Stacio Mecio, enviado por Cn. Magio Atelano, que era aquel año Medixtútico y armaba indistintamente á los esclavos y al pueblo con intención de atacar el campamento romano, mientras el cónsul fijase toda su atención en el sitio de Casilino. Pronto lo comprendió Fabio y escribió á Nola á su colega «que necesitaba, mientras sitiaba á Casilino, oponer otro ejército á los campanios; que acudiese él mismo dejando en Nola guarnición suficiente, ó si estaba retenido en Nola y temía algo de Aníbal aún, llamaría de Benevento al procónsul T. Graco.» Al recibir esta carta, Marcelo dejó dos mil hombres de guarnición en Nola, y marchó con el resto del ejército á Casilino. A su llegada suspendieron los campanios el movimiento que ya habían comenzado; quedando sitiado Casilino por los dos cónsules reunidos. Al acercarse sin precaución los soldados romanos á las murallas, recibían muchas heridas y el sitio no avanzaba. Fabio creía que era necesario abandonar aquella empresa poco importante, pero tan difícil como las más grandes, porque asuntos mucho más graves le llamaban á otro punto. Marcelo, por el contrario, sostenía «que en realidad había muchas tentativas que no debían aventurar los grandes generales, pero que una vez comenzadas debían terminarse, siendo la influencia de la fama un bien ó un mal inmensos», y resistió firmemente para que el ejército no se retirase después de un fracaso. Acercaron,

pues, á las murallas los manteletes y demás aparatos, así como todas las otras máquinas empleadas en la guerra. Los campanios pidieron entonces permiso á Fabio para retirarse á Capua sin ser inquietados; y apenas habían salido algunos, cuando se apoderó Marcelo de la puerta por la que dejaron la ciudad. En el primer momento, todos los que se encontraban cerca de la puerta fueron exterminados indistintamente; en seguida se precipitaron los romanos en la plaza, que fué entregada al degüello. Unos cincuenta campanios que salieron los primeros y se refugiaron al lado de Fabio, llegaron á Capua, gracias á su protección. Así fué tomado Casilino por un golpe de mano, mientras los sitiados negociaban y vacilaban pidiendo rendirse. Los prisioneros campanios ó soldados de Aníbal fueron enviados á Roma y encarcelados. En cuanto á los habitantes de Casilino, los distribuyeron en las ciudades inmediatas, colocándoles bajo su vigilancia.

En el mismo momento en que los cónsules dejaban á Casilino, Graco, que estaba entonces en Lucania, destacó algunas cohortes levantadas en aquella comarca para saquear el territorio enemigo. El mando quedó confiado al jefe de las fuerzas aliadas; y vagaban sin orden por los campos cuando Hannón cayó sobre ellas, causando al enemigo una derrota igual á la que él mismo había experimentado cerca de Benevento; retirándose en seguida apresuradamente al territorio de los brucios, temiendo que le alcanzase Graco. En cuanto á los cónsules, Marcelo se retiró á Nola, de donde había partido, y Fabio avanzó al Samnio para talar los campos y someter de nuevo la ciudad, que se había sublevado. Los samnitas caudinos fueron los que padecieron más, viendo quemados sus campos en grande extensión y presa del enemigo los hombres y ganados; fueron tomadas por asalto Compulteria, Telecia, Compa,

Mela, Fulfula y Orbitania; Blanda de los lucanios y Ecea en la Apulia, quedaron sitiadas. En estas ciudades perecieron ó quedaron prisioneros veinticinco mil hombres. También cogieron en ellas trescientos setenta desertores que el cónsul envió á Roma, donde fueron azotados en la plaza de los comicios y precipitados por la roca Tarpeya. Esto hizo Q. Fabio en pocos días. A Marcelo le retenía en Nola una enfermedad que le impedía moverse. Casi al mismo tiempo, el pretor Q. Fabio que mandaba en las inmediaciones de Luceria, tomaba la ciudad de Accua y fortificaba su campamento inmediato á Ardonea. Mientras se ocupaban los romanos en estas diferentes expediciones, Aníbal había llegado ya á Tarento, talándolo todo á su paso; pero una vez en territorio tarentino, los cartagineses no avanzaron ya como enemigos, no cometían violencias, ni se separaban del camino. Evidente era que la moderación por parte de soldados y jefes era deseo de conciliarse el ánimo de los tarentinos. Por lo demás, encontrábase ya casi bajo los muros de la ciudad, sin que se hubiese declarado ningún movimiento, como esperaba Aníbal al acercarse su vanguardia: sin embargo, marchó á establecerse á unos mil pasos de la plaza. Pero tres días antes de que Aníbal se aproximase á Tarento, el propretor M. Valerio, que mandaba la flota en Brundisium, había enviado allí á M. Livio, que en seguida alistó lo más escogido de la juventud y colocado guardias en todas las puertas y sobre las murallas en los puntos donde eran necesarias. Con la actividad que desplegó día y noche, quitó á los enemigos ó á aquellos aliados cuya fidelidad era dudosa todo medio de aventurar una tentativa. Después de perder allí algunos días, no viendo Aníbal á ninguno de los que fueron á hablarle al lago Averno, y no recibiendo de ellos mensaje ni carta, comprendió que había fiado con ligereza en promesas

vanas, y se retiró. Pero también respetó ahora el territorio tarentino; porque si bien le había sido inútil su fingida mansedumbre, no perdía la esperanza de que brantar su fidelidad. En seguida marchó á Salapia, adonde hizo traer trigo del territorio de Metaponto y Heraclea; había transcurrido la mitad del estío y le parecía conveniente aquel punto para invernar. Desde allí envió á los númidas y los moros á talar el territorio salentino y los inmediatos bosques de la Apulia, con el fin de abastecerse de lo necesario. Pero no recogieron considerable botín, si se exceptúan grandes piasas de caballos que trajeron, de los que entregaron cuatro mil á los jinetes para que los domasen.

Comenzando en Sicilia una guerra muy digna de atención, porque la muerte del tirano, antes dió á los siracusanos jefes activos, que cambió sus planes é intenciones, los romanos dieron el mando de esta provincia al cónsul M. Marcelo. Después del asesinato de Jerónimo, se promovió en Leoncio un alboroto entre los soldados, gritando furiosamente que había que sacrificar á los manes del rey la vida de los conjurados. Pero les hicieron oír las dulces palabras de libertad reconquistada; se les hizo esperar que recibirían gran parte de los tesoros reales y que servirían á las órdenes de mejores generales; refiriéronles los terribles crímenes del tirano, sus desórdenes, más terribles aún, y de tal manera cambiaron los ánimos, que dejaron tendido sin sepultura aquel príncipe antes tan deplorado. Los conjurados permanecieron en el ejército para afirmar en él su poder; solamente Theodoto y Sosis, montando caballos del rey, marcharon apresuradamente á Siracusa, para dominar á los partidarios del tirano antes de que supiesen nada de lo que pasaba. Pero se les adelantó la fama, tan ligera para propagar esta clase de rumores, y un esclavo del rey que llevó la noticia. Andranodoro había llenado

de tropas la Isla (1), la fortaleza y todos los puntos ventajosos de que había podido apoderarse. Theodoto y Sosis entraron por Hexapyla: después de ponerse el sol, y cuando la obscuridad fué bastante densa, atravesaron á caballo el barrio de Tiquea, enseñando á todos las ensangrentadas ropas del rey y su corona. Llamán al pueblo á la libertad y á las armas y le invitan á que se reúna en la Acradina. De aquella multitud, unos se precipitan á las calles, otros se colocan en los vestíbulos, ó preguntan desde las ventanas y azoteas qué sucede. Ponen iluminación en toda la ciudad, por la que circulan confusos rumores; en las plazas se reúnen los hombres armados; los que no tienen armas acuden al templo de Júpiter Olímpico para apoderarse de los despojos de los galos y de los ilirios, que el pueblo romano había ofrecido á Hierón y que éste había depositado en aquel templo, y ruegan á Júpiter que les sea favorable y que les preste aquellas armas sagradas, con las que van á combatir por la patria, los templos de los dioses y la libertad. Toda esta multitud se reúne con las guardias colocadas en los principales barrios de la ciudad, mientras en la Isla se apodera Andranodoro de los graneros públicos, edificios rodeados de un muro de sillería, fortificados á la manera de ciudadelas. La juventud, encargada de su defensa los ocupa y envía á decir en la Acradina al Senado que los graneros y el trigo están á su disposición.

(1) Siracusa estaba dividida en cuatro partes, que parecían otras tantas ciudades. La Isla, situada entre los dos puertos, el grande y el pequeño, llamado Lacio; la Tiquea, llamada así de un templo antiguo, consagrado á la Fortuna; la Acradina, más grande, mejor fortificada y más antigua; esta encerraba los mejores edificios de Siracusa; bañada por el mar, separábase de la Tiquea, por la parte norte, una muralla muy alta, y en fin, la parte moderna, llamada Neápolis, ciudad nueva. Algunos años den otra parte llamada Epípola, paraje escarpado y casi desierto.

Al amanecer, todo el pueblo, armado ó sin armas, acude á la Acradina ante el Senado. Allí, delante del altar de la Concordia, que se encuentra en este barrio, uno de los ciudadanos principales, llamado Polyeno, dirige al pueblo una oración de sentido muy liberal, pero al mismo tiempo moderado. Mucho tiempo sometidos á indigna servidumbre, se habían sublevado al reconocer toda la extensión de su desgracia. En cuanto á los males que arrastraban las discordias civiles, los siracusanos los conocían por los relatos de sus padres, más bien que por experiencia propia. Alababa á sus conciudadanos porque habían corrido sin vacilar á las armas; y más les alabaría aún si no las empleaban sino en el último extremo. Por el momento, opinaba que se debía mandar á Andranodoro la orden de someterse á la autoridad del Senado y del pueblo, abrir las puertas de la Isla y entregar la guarnición; que si de su título de tutor del rey quería hacer una realeza, opinaba que se necesitaría más energía para reconquistar la libertad sobre Andranodoro que sobre Jerónimo. Después de este discurso, se enviaron los legados, y desde aquel día comenzó á actuar el Senado. Conservados durante el reinado de Hierón como consejo público, desde la muerte de aquel rey hasta este día no habían sido convocados ni consultados los senadores acerca de ningún asunto. Al presentarse la legación, Andranodoro perdió su firmeza al ver aquel acuerdo de todos los ciudadanos, y también porque tenían en su poder la mayor parte de la ciudad, y aquella parte de la Isla, la mejor fortificada, que acababa de quitarle la traición. Pero su esposa Damarata, hija de Hierón, habiendo conservado todo el orgullo de la sangre real en el corazón apasionado de una mujer, llevándole aparte, le recordó aquella frase tan repetida por Dionisio el tirano: «que el rey no debe renunciar á la tiranía sino cuando le tiran de los pies y no mientras está

á caballo. Fácil cosa es renunciar en un momento la fortuna más considerable, si así quiere hacerse; pero difícil y peligroso tomársela y asegurarla. Es indispensable que pida á la legación algún tiempo para reflexionar y que emplee el tiempo en hacer venir tropas de Leoncio; prometiéndoles parte del tesoro del rey, fácil le será asegurarse del poder supremo.» Andranodoro no despreció enteramente aquellos consejos de su esposa, pero no los adoptó en el acto; creyendo que el mejor medio para llegar al poder, era ceder en aquel momento á las circunstancias; por lo que encargó á los legados que contestasen de su parte que iba á ponerse á las órdenes del Senado y del pueblo. Al amanecer el día siguiente, mandó abrir las puertas de la Isla y marchó al Foro de la Acradina. Allí subió al altar de la Concordia, desde donde pronunció su discurso la víspera Polyeno, y comenzó la siguiente oración, pidiendo ante todo perdón por sus vacilaciones. «Había tenido las puertas cerradas, no porque separase su causa de la causa pública, sino porque, una vez desenvainada la espada, había esperado con temor hasta dónde llegaría la matanza, si se contentarían con la muerte del tirano, que era bastante para la libertad, ó si morirían también acusados de crímenes que no habían cometido todos aquellos á quienes lazos de sangre, de amistad ó algunas funciones unían al palacio. Viendo claramente ahora que los que habían libertado á la patria querían también conservarla libre, y que por todas partes se ocupaban de los intereses públicos, no había vacilado en entregar al país su propia persona y todo lo que estaba confiado á su fe y á su persona, habiendo muerto, víctima de su propia locura, aquél que se lo confió.» Volviéndose entonces hacia los asesinos del tirano y llamando por sus nombres á Theodoto y Sosis: «Habéis realizado, les dijo, una acción memorable; pero, creedme, vuestra gloria no

hace más que comenzar y no ha llegado á su apogeo: mucho hay que temer aún, si no ponéis todo vuestro cuidado en asegurar la paz y la concordia, para que la república no se deje arrastrar á la licencia.»

Después de esta oración, dejó á sus pies las llaves de la Isla y del tesoro real. Aquel día todos los ciudadanos se retiraron regocijados de la asamblea y marcharon con sus esposas é hijos á los templos para dar gracias á los dioses. Al día siguiente reuniéronse los comicios para el nombramiento de los pretores, siendo Andranodoro nombrado uno de los primeros; la mayor parte de los otros eran asesinos del tirano, y entre ellos, aunque ausentes, Sopater y Dinomeno. Al saber lo que ocurría en Siracusa, hicieron trasladar allí los tesoros del rey, que se encontraban en Leoncio, y los entregaron á cuestores creados para este objeto; entregándoles también todo el dinero que se encontró en la Isla y en la Acradina, y por unánime consentimiento fué derribada la parte de muralla que separaba la Isla del resto de la ciudad, haciendo de ella una posición demasiado fuerte. Todo siguió á este movimiento de los ánimos hacia la libertad. Al rumor de la muerte del tirano, que Hipócrates había querido ocultar hasta matando al que le llevó la noticia, los soldados le abandonaron á él y á Epícides y regresaron á Siracusa, creyendo que era el partido más seguro en aquellas circunstancias. No queriendo que allí se sospechase que buscaban ocasión de nuevo movimiento, se presentan primeramente á los pretores, y llevados en seguida por éstos al Senado, declaran: «que Aníbal les mandó al lado de Jerónimo como príncipe amigo y aliado; que habían obedecido las órdenes del rey obedeciendo á su general; que pedían volver con Aníbal; que, por lo demás, como el camino no era seguro á través de Sicilia, que entonces recorrían en todos sentidos los romanos, pedían una escolta que les lleva-



se á Locros, en Italia; que Aníbal les agradecería mucho aquel pequeño servicio.» Fácilmente se les otorgó lo que pedían, porque los siracusanos deseaban que se alejasen aquellos generales, afectos al rey, hábiles en achaques de guerra y á la vez pobres y audaces. Pero lo que deseaban los siracusanos no lo ejecutaron con la rapidez necesaria; y entretanto los jóvenes, acostumbrados á los soldados y soldados ellos mismos, sembraban acusaciones contra el Senado y los grandes, bien en el ejército, bien entre los desertores, cuya mayor parte eran marineros romanos, bien entre la clase infima del pueblo. «El Senado, decían, había tramado secretamente una conspiración para entregar Siracusa al poder de los romanos, so pretexto de renovar la antigua alianza, y para que reinase en seguida como dueño en la ciudad el corto partido de los que habían aconsejado aquella determinación.»

Multitud de hombres dispuestos á escuchar y á creer tales rumores afluía á Siracusa, aumentando todos los días; por lo que, no solamente Epícides, sino hasta Andranodoro comenzaban á esperar una revolución. Cansado Andranodoro, cedió al fin á los consejos de su esposa, que le decía: «Este es el momento de apoderarse del poder, en medio de las turbulencias y desórdenes de aquella libertad nueva, ahora que tenía con él soldados mantenidos con el sueldo del rey, y generales enviados por Aníbal, acostumbrados á los soldados y capaces de ayudarle en su empresa.» Asocióse con Themisto, casado con la hija de Gelón, y pocos días después habló imprudentemente con un actor trágico, llamado Aristón, confidente de todos sus secretos. Aristón tenía linaje y posición distinguidos, que no deshonraba con el ejercicio de su arte, porque esta profesión no envilecía entre los griegos. Creyó, pues, que ante todo debía fidelidad á la patria y lo declaró todo á los pretores.

Viendo éstos por indicios ciertos que el asunto era grave, consultan á los senadores más ancianos; por cuyo consejo, después de colocar guardias en la puerta de la curia, hicieron matar á Themisto y Andranodoro, en el momento mismo en que entraban. Ante este hecho, tan cruel en la apariencia y cuya razón ignoraban los demás, promovióse espantoso tumulto; restablecido el silencio, los pretores introdujeron al denunciador. Aristón descubrió todo el proyecto; dijo que la conjuración databa desde el matrimonio de Harmonía, hija de Gelón, con Themisto; que los auxiliares africanos y españoles habían recibido encargo de matar á los pretores y ciudadanos principales, cuyo caudal debían repartirse los asesinos; que los mercenarios, acostumbrados á obedecer á Andranodoro, se habían preparado para apoderarse segunda vez de la Isla; y en fin, puso de manifiesto ante los senadores todos los detalles de las operaciones de cada uno y de las fuerzas, tanto en hombres como en armas, de que disponían los conjurados. El senado opinó que aquella muerte era tan justa como la de Jerónimo. En el vestibulo, delante de la curia, la multitud, incierta en cuanto á lo que pasaba y dividida en opiniones, lanzaba gritos y terribles amenazas; pero á la vista de los cadáveres de los conjurados, la dominó tal espanto que siguió silenciosa á la asamblea á aquellos del pueblo que no estaban comprometidos en la conspiración. Sopater fué encargado por el Senado y sus colegas de hablar al pueblo.

Como si acusase á Andranodoro y á Themisto delante de un tribunal, examinando su conducta antes de la conjuración, les atribuyó todos los atentados cometidos desde la muerte de Hierón. «En efecto, ¿qué hacía por sí mismo el niño Jerónimo, qué podía hacer cuando apenas había llegado á la edad de la pubertad? Sus tutores, sus maestros habían reinado, protegidos por el

odio que recaía sobre otro. Debían haber perecido por consiguiente antes ó al mismo tiempo que Jerónimo. Y sin embargo, aquellos hombres, destinados de antemano á la muerte que merecían, cuando el tirano no existía ya, habían meditado nuevos crímenes. Primero, cerrando públicamente Andranodoro las puertas de la Isla, había pensado en heredar el trono, reteniendo como dueño aquello de lo que solamente tenía la administración. Abandonado en seguida por los que ocupaban la Isla, llamado por todos los ciudadanos que se encontraban en la Acradina, en secreto y por astucia había procurado apoderarse de un poder que en vano quiso arrebatarse abiertamente y á la vista de todos. Ni los beneficios ni los honores habían podido vencerle. En vano, asociado á los libertadores de la patria, siendo enemigo de la libertad, había sido nombrado pretor. ¿Qué les había inspirado á los dos aquella ambición por reinar, si no era su enlace con hijas de reyes, una de Hierón y otra de Gelón? Al escuchar estas palabras, por todas partes gritan en la asamblea que las dos deben morir, que no debe quedar nadie de la raza de los tiranos. Tal es el carácter de la multitud, ó sirve humildemente ó manda con soberbia. Colocada la libertad entre estos dos excesos, no sabe ni despreciarla ni gozarla con medida; y jamás le faltan complacientes ministros de su cólera que impulsan á la sangre y el asesinato el ardiente é impetuoso ánimo del pueblo. Entonces se tuvo un ejemplo: los pretores propusieron una ley, que fué aceptada, por decirlo así, antes de promulgada, disponiendo que toda la familia real fuese ejecutada; y los pretores ordenaron en el acto la muerte de Damarata y Harmonía, hijas respectivamente de Hierón y Gelón, y esposas de Andranodoro y Themisto. Heraclea era hija de Hierón y esposa de Zoipo, quien, enviado en embajada por Jerónimo cerca del rey Pto-

meo, se había condenado á voluntario destierro. Habiéndose enterado Heraclea que los asesinos se dirigían á su casa, se refugió al pie de los altares domésticos y de los dioses penates, teniendo con ella á sus dos hijas, con el cabello en desorden y en estado muy á propósito para mover á compasión. En las súplicas que dirigía nombraba á su padre Hierón y á su hermano Gelón, rogando á los asesinos «no confundiesen á una mujer inocente en el odio que había inspirado Jerónimo. Que durante el reinado de aquel príncipe solamente había ganado el destierro de su esposo; que su fortuna, durante la vida de Jerónimo, no había sido igual á la de su hermana, y que, una vez muerto Jerónimo, su causa no era la misma. Si Andranodoro hubiese triunfado en sus proyectos, Damarata habría reinado con su marido, pero Heraclea habría sido esclava con todo el pueblo. Si alguien fuese á anunciar á Zoipo la muerte de Jerónimo y la libertad de Siracusa, ¿podría dudarse que se embarcaría en el acto para regresar á su patria? ¡Oh! cuán engañosas son las esperanzas de los hombres! ¡En aquella patria, que ya es libre, su esposa y sus hijas imploran para conservar la vida! ¿Cómo podía ser ella obstáculo á la libertad ó á las leyes? ¿Quién podría temer algo de ella, sola como estaba, casi viuda, y de dos niñas privadas de su padre? Pero tal vez, sin infundir temores, su sangre real excitaba el odio. ¡Oh! que la releguen en ese caso lejos de Siracusa y de Sicilia; que la lleven á Alejandria, á ella con su esposo, á sus hijas con su padre.» Pero los oídos y los ánimos estaban cerrados para estas súplicas, y algunos desenvainaban ya las espadas para ahorrar tiempo. Entonces, cesando de rogar por ella misma, persiste en pedir gracia al menos para sus hijas, cuya edad aplacaría hasta á enemigos irritados. «Al castigar á los tiranos, no deben imitar sus crímenes.» Los asesinos la arrancan del altar.